

Diferentes modos de ser espiritual pero no religioso



Nada se asemeja tanto al lenguaje de Dios como el silencio. Lo dijo el maestro Eckhart.

Y entre otras cosas, nos dice que hay un trabajo de profundización interior que sólo puede hacerse en el silencio, a solas, en la intimidad.

Por supuesto, tiene razón, pero esto tiene otra vertiente. Si bien hay un trabajo interior profundo que sólo puede hacerse en silencio, también hay un trabajo profundo, decisivo, del espíritu, que sólo puede hacerse con otras personas, en la convivencia, en la familia, en la iglesia y en la sociedad. El silencio puede ser una vía privilegiada para la profundidad del alma. También puede ser una vía peligrosa. Ted Kaczynski, el Unabomber, vivía en silencio, solo, como muchos otros individuos con trastornos profundos. Los profesionales de la salud mental nos dicen que necesitamos relacionarnos con otras personas para mantenernos cuerdos. La interacción social nos sostiene, nos equilibra y consolida nuestra cordura. Veo a algunos de nuestros jóvenes de hoy en día que se relacionan con otras personas (en persona y a través de los medios digitales) a todas horas de su jornada y me preocupo por su profundidad, aunque no por su cordura.

Nos necesitamos unos a otros. Jean-Paul Sartre afirmó en una ocasión que "el infierno son los demás". No podía estar más equivocado. Al contrario, el otro es el cielo, la salvación a la que estamos

destinados en última instancia. La soledad absoluta es el infierno. Además, esta soledad nefasta puede aparecer a hurtadillas disfrazada del mejor altruismo y religiosidad.

He aquí un ejemplo: Crecí en una familia muy unida en una pequeña comunidad rural en la que la familia, el vecino, la parroquia y el estar con los demás lo significaban todo, en la que todo se compartía y rara vez se estaba solo. Tenía miedo de estar solo, lo evitaba, y sólo me sentía cómodo cuando estaba con otros.

Inmediatamente después de la escuela secundaria, me uní a una orden religiosa, los Oblatos de María Inmaculada, y durante los siguientes ocho años viví en una gran comunidad donde, de nuevo, casi todo se compartía y rara vez se estaba solo. A medida que me acercaba a los votos perpetuos y al compromiso permanente con la vida religiosa y el sacerdocio, lo que más temía era el voto de celibato, la soledad que traería. Sin esposa, sin hijos, sin familia, el aislamiento de una vida célibe.

Las cosas resultaron muy diferentes. El celibato ha tenido su coste, hay que admitirlo; y hay que admitir que no es la vida normal que Dios quiso para todos. Sin embargo, la soledad que temía (aunque por breves períodos) rara vez se produjo, sino todo lo contrario. Me encontré con una vida muy llena de relaciones, de interacción con los demás, de mucho ajetreo, de obligaciones diarias y de compromisos que ocupaban prácticamente todas las horas del día. En lugar de sentirme solo, me encontré deseando la soledad, la tranquilidad, estar solo, y me sentí muy cómodo estando solo. Demasiado cómodo, de hecho.

Durante la mayor parte de los años de mi sacerdocio, he vivido en grandes comunidades religiosas y éstas, como cualquier familia, tienen sus exigencias. Sin embargo, cuando llegué a ser presidente de una Escuela de Teología, me asignaron a vivir en una casa asignada al presidente y durante un tiempo viví solo. Al principio, me pareció un poco desorientador, ya que nunca había vivido solo; pero al cabo de un tiempo me gustó. Me gustó mucho. No tenía responsabilidades en casa con nadie más que conmigo mismo.

Sin embargo, pronto percibí sus peligros. Al cabo de un año puse fin al acuerdo. Uno de los peligros de vivir solo y uno de los peligros del celibato, incluso si vives fielmente, es que no tienes a otros que te llamen la atención a diario y te exijan de todo. Puedes tomar tus propias decisiones y evitar mucho de lo que Dorothy Day llamó "el ascetismo de vivir dentro de una familia". Cuando vives solo, puedes planificar y vivir la vida a tu manera, escogiendo las cosas de la familia y la comunidad que te benefician y evitando las difíciles.

Hay cosas que empiezan como virtudes y se convierten fácilmente en vicios. El ajetreo es un ejemplo. Sacrificas estar con tu familia para mantenerla con tu trabajo y eso te aleja de muchas de sus actividades. Al principio, esto es un sacrificio; al final, es un escape, una dispensa implícita de tener que lidiar con ciertos asuntos dentro de la vida familiar. El celibato y el sacerdocio con votos corren el mismo peligro.

Todos conocemos la expresión, soy espiritual pero no religioso que se aplica a las personas que están abiertas a relacionarse con Dios pero no a hacerlo con la iglesia. Sin embargo, nos enfrentamos a esto de más formas de las que pensamos. Al menos yo lo hago. Como sacerdote célibe con votos, puedo ser espiritual pero no religioso en el sentido de que, por las más altas razones, puedo evitar gran parte del

ascetismo diario que se exige a alguien que vive en una familia. Sin embargo, esto es un peligro para todos nosotros, célibes o casados. Cuando, por todo tipo de buenas razones, podemos elegir las facetas de la familia y la comunidad que nos gustan y evitar las que nos resultan difíciles, somos espirituales pero no religiosos.

<http://ronrolheiser.com>

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/diferentes-modos-de-ser-espiritual-pero-no-religioso